



## La novela picaresca en el siglo XVII

POR

CUILLERMO ROJAS CARRASCO

Memoria de prueba presentada para optar al título de PROFESOR DE CASTELLANO

-----  
(Continuación)  
-----

También, en la escena del manteamiento del buen Sancho, nos encontramos con nueve picarones, pues «quiso la mala suerte del desdichado Sancho que, entre la jente que estaba en la venta, se hallasen cuatro perailles de Segovia, tres agujeros del Potro de Córdoba, i dos vecinos de la Heria de Sevilla, jente alegre, bien intencionada, maleante i juguetona (primera parte, cap. 17). Volvemos a encontrar otra alusión interesante, cuando don Quijote empieza por averiguar la causa de la prisión de los galeotes a quienes da libertad, porque Jenesillo de Pasamontillo, cansado de tantas preguntas, le dice que

si quiere saber su vida lea la que él mismo ha escrito i que tiene empeñada en la cárcel, libro que según él «es tan bueno que, mal año para Lazarillo de Tormes, i para todos cuantos de aquel jénero se han escrito o escribieren; lo que sé decir a voacé es que trata de verdades, i que son verdades tan lindas i tan donosas, que no pueden haber mentiras que se les igualen». (Idem, cap. 22).

¿Se había propuesto tal vez Cervantes escribir alguna novela picaresca en forma autobiográfica cosa que, por algún motivo, después no hizo, o en esto hemos de ver sólo una alusión sin mayores proporciones?

Parece difícil averiguarlo, pero creemos que no está demás llamar la atención sobre ello.

La última alusión de esta índole, la encontramos en la segunda parte: ya se ha visto en el capítulo primero que los pícaros, como mozos mandaderos, debido a que eran muchachos de escasas fuerzas, se dedicaban casi siempre a la esportilla; pero vimos también, que los ganapanes, entre los moros, llevaban bultos pesados, i de ahí que no sea raro que para alabar la fuerza de alguien se le comparara con un ganapán; esto hace Sancho al hablar de su hija que tiene «quince años, dos más o menos, pero es tan grande como una lanza i tan fresca como una mañana de Abril, i tiene una fuerza de un ganapán». (Segunda parte, Cap. 13).

Como es sabido, alguna de las Obras que dejamos mencionadas, sobre todo «La Jitanilla», tuvieron influjo en las literaturas extranjeras; pero no es este asunto que nos corresponde tratar.

-----



## CAPITULO VII.

### UN CONTEMPORANEO DE CERVANTES

MARTÍNEZ ESPINEL I SU OBRA

#### Disposición, asunto i crítica del «Escudero Marcos de Obregón»

En 1618 apareció en Madrid, i también en Barcelona, otra de las novelas picarescas más interesantes i que lleva el título de «*Relaciones de la vida del escudero Marcos de Obregón*» por Vicente Espinel, natural de Ronda, nacido el 28 de Diciembre de 1551 i muerto en 1624 o 1623, i que dedicó su obra al arzobispo de Toledo don Bernardo Sandoval i Rojas. Conocido fué Vicente Martínez Espinel en el mundo de las letras como poeta de sutil ingenio, ingenio que le sujirió, según creen algunos, la invención de la estrofa cuyo nombre se deriva de su apellido: nos referimos a la *espinela* o décima, que

no es sino una combinación de dos quintillas; también, en música, se le debe el haber agregado una quinta cuerda a la guitarra, que entonces no tenía sino cuatro.

Parece, como Espinel declara en el prólogo, que dudó mucho tiempo sobre si daría o nó a luz su obra, pues la confianza i desconfianza le hacían «una mui trabada e interior guerra», hasta que le decidió a ello, el hecho de que alguien se aprovechara de parte de sus borradores; pero antes de publicarla, consultó varios ingenios de su época, i, entre otros, es interesante mencionar que consultó aún a Lope de Vega, que había tenido primero por modelo a Espinel. He aquí lo que el autor dice refiriéndose a esto: «como él se rindió a sujetar sus versos a mi corrección en su mocedad, yo en mi vejez me rendía pasar por su censura i parecer», declaración que honra a Espinel i que habla mui alto de su sencillez i poco orgullo.

Salido mui joven de Ronda, estudiante en Salamanca, soldado en Italia i Flandes, servidor, a su vuelta en varias casas nobles de España, donde llega a obtener una capellanía en el hospital de Ronda, la vida misma de Espinel, adornada de los recursos literarios, se prestaba maravillosamente para escribir una novela, i es por esto que las aventuras del escudero Marcos tienen mucho de la vida del autor, quien al calor de sus recuerdos, no puede menos que describir por estenso los lugares que el mismo recorrió, lo que a veces hace fatigosa la lectura.

Las aventuras de este escudero se dividen en tres partes o *relaciones*, cada una de las cuales va inte-

rrumpida por un sinnúmero de *descansos* que equivalen a otros tantos capítulos: por todos, incluyendo el epílogo, 64 Capítulos, que, por ser descansos, van sin encabezamiento. De acuerdo con nuestro plan, damos a continuación un resumen de la obra.

Empieza Marcos contándonos lo que le sucedió ya después de viejo, sirviendo en Madrid al Doctor Sagredo, a cuya esposa, doña Margelina, evita caer en la deshonra; agradecida al fin, la señora toma a Marcos un amor *filial*; pero por fuerza han de separarse, pues el escudero no puede acompañar al matrimonio que se va a un pueblo de Castilla la Vieja. Se propone después, servir a un hidalgo como maestro de dos niños; pero convenciéndose de que en esa casa reinan el hambre i la intriga a la par, huye de ella al primer día. Al siguiente, habiendo ido al humilladero del Anjel de la Guarda, cerca de Madrid, lo sorprende la tormenta; pero se libra de ella gracias al hospedaje que le ofrece el ermitaño: es a este ermitaño a quien Marcos cuenta toda su vida, para pasar la noche, empezando por declarar cuál es su pueblo natal, que, por supuesto, es el mismo de Espinel, Ronda, que «cría tan gallardos espíritus, que ellos mismos apetecen la comunicación de las grandes ciudades i universidades, que purifican los ingenios i los hinchén de doctrina.» (Relación primera, descanso IX).

Sale Marcos de Ronda con intención de seguir estudios en Salamanca, i durante los días que se detiene en Córdoba, para esperar al arriero que ha de llevar los estudiantes a aquella ciudad, se burla de él un marchante, quien lo hace gastar en comida i vino, desvaneciéndole los cascos con alabanzas;

peio Marcos no se deja burlar así no más, i, luego, toma su desquite. En el camino a Salamanca el arriero por quedar solo con una mujercita, amedrenta a los estudiantes; Marcos en su huída llega de noche a un sitio en que contempla un cuadro horroroso: un ahorcado i una mujer de tétrica apariencia que llora la muerte de su marido asesinado i de su amante ajusticiado. En Salamanca lleva por tres o cuatro años la vida llena de aventuras i miserias de todo estudiante pobre, i al cabo de ese tiempo sale de esa ciudad, «sin el dinero que bastara para dejar de ser peón», para ir a recibir cierta donación de un pariente. Pasa en esta ocasión por Toledo i ciudad Real, i en el trayecto de esta última a Almodóvar, se junta con otro joven como él; luego encuentran a dos jentiles hombres que resultan ser ladrones que, teniendo noticias de dos ricos comerciantes que van a la feria de Ronda, los esperan i les roban todo su dinero en el juego, dinero que Marcos después recupera i entrega a los comerciantes, quienes, agradecidos de su honradez, siguen en su compañía, lo festejan i cuando él tiene que apartarse para seguir a Málaga, le dan un macho i dineros. Este macho, espantadizo, huye en cierta ocasión asustado de una serpiente, con la cual el mismo Marcos pasa gran trabajo; lo busca por las orillas del Guadalquivir i en un pueblo cerca del Caspio, lo encuentra en poder de unos jitanos, de quienes lo recupera con ayuda de la justicia. Llega por fin a Málaga, cuyos encantos celebra el autor por estenso, i sale luego de aquí camino a Ronda, en el que escapa, gracias a sus astucias i al desembolso de algún dinero, de haber pasado

un mal rato con una partida de jitanos. De Ronda pasa nuevamente a Salamanca, con intención de enrolarse en una armada que fracasa, i luego va a dar a Bilbao, donde por enamorado apenas si escapa de ser muerto por las ruedas de un molino. Después de conocer Navarra, llega a Zaragoza, donde sirve en casa de un principe i donde pasa también algunos trabajos que lo obligan a trasladarse a Valladolid, ciudad en que Marcos se niega a tomar parte en una cruel burla de que algunos hacen víctima a un tacaño i diminuto señor que se empeña en aumentar su estatura. De Valladolid, pasando por Madrid, se va a Sevilla, con intención de pasar a Italia o Africa, gozando, mientras llega e<sup>l</sup> momento, «de la grandeza de aquella ciudad, llena de mil excelencias, tesorera i repartidora de la inmensa riqueza que envía el mar Océano». (Relación II, descanso II). En Sevilla, donde Marcos pasa algún tiempo, «viviendo de noche i de día inquieto con pendencies i enemistades», tiene que habérselas con un valentón, a quien consigue desarmar, i, más tarde, cuando aquél trata de tomar el desquite, colocando por medio una hermosa mujer, deja burlado. Luego se embarca en Sanlúcar, en servicio del duque de Medina-Sidonia, que lleva tropas a Italia; pero, obligado por una tormenta a desembarcar en la isla Cabrera, un día que Marcos i algunos compañeros se internan en ella, les sorprenden ciertos piratas berberiscos, mandados por un español renegado, que los lleva a Arjel, donde pasa a ser esclavo de su renegado compatriota, que lo utiliza como maestro de sus hijos, a quienes Marcos instruye en la doctrina cristiana. Por fin, des-

pués de haber prestado un gran servicio al Virrei, de Arjel, descubriendo al autor de un cuantioso robo, consigue su libertad, i sale de Arjel, dejando mui triste a la hija del renegado que estaba algo enamoradilla de él. Pero todavía no terminan sus trabajos, pues la galeota en que él iba era la del famoso pirata renegado i al apresarlo un buque italiano, lo confunden con aquél i lo amenazan con la horca; pero pronto es reconocido como el autor de algunas coplas que cantan los marineros, i, tratado con toda consideración, llega a Jénova, de donde pasa a Milán, no sin antes haber estado preso en un pueblo por dar una cuchillada a un labrador que había tratado de engañarlo: consigue escapar de la cárcel, aprovechándose de la ambición del carcelero a quien hace creer que es poseedor del secreto de la piedra filosofal, lo que le permite convertir todo metal en oro. En Milán sirve tres años para pasar después a Turín, de donde pronto vuelve a Milán desenmascarando en el camino a un solitario que estafa a la jente dándoselas de nigromántico. Dispuesto a volver a España, toma el camino de Venecia, i llega así a alojar en casa de un noble italiano, llamado Aurelio, quien le cuenta la tragedia de su vida, como ha muerto a Cornelio, un favorito, a quien cree que le había quitado su honra, a otro criado, i como tiene a su esposa a pan i agua hasta que muera; pero con la intervención de Marcos todo se arregla; el caballero, que ve recuperada su felicidad, le obsequia joyas i dineros, con que nuestro escudero llega a Venecia, donde una elegante prostituta trata de engañarlo finjiéndose hermana de Aurelio i de quien Marcos, astuta-



mente, consigue recuperar el dinero que ya creía perdido; pero su temor es tal que decide poner, no tierra, sino agua por medio. Después de algunos sufrimientos (naufrajio), logra llegar a España, i va a establecerse a Madrid como servidor de un príncipe; pero con tan mala estrella que por una desgraciada coincidencia tiene que ir a la cárcel, donde permanece más de tres meses. Al salir de la cárcel, dice Marcos, «fui ayo i escudero del doctor Sagredo i su mujer doña Margelina de Aybar, hasta que los dejé o me dejaron» (Relación III. Descanso XIII): en esto tenemos que hacer notar una inconsecuencia en el plan: hemos visto que al principio del libro, desde el descanso II, Marcos nos cuenta sus aventuras mientras sirve a Sagredo, relación que hace con ocasión de encontrarse disertando sobre la paciencia i la cólera, i sigue después diciéndonos cómo, encontrándose solo i pobre, un hidalgo quiere tomarlo para ayo de sus hijos, de cuya casa él huye i va a dar al humilladero del Anjel de la Guarda, i es ahí donde está contando sus aventuras desde el principio al ermitaño; i, sin embargo, parece que ahora se olvida de esto, porque, lógicamente, su narración debía concluir aquí, pues mal podía contar aventuras que no había tenido, estando, como estaba, encerrado en la ermita, charlando al calor de la lumbre durante una sola noche; pero, como veremos, Marcos sigue adelante; i nosotros también, dejando anotada esta inconsecuencia, seguiremos en nuestro resumen. Después de servir al doctor Sagredo, Marcos determina quitarse «de tanto ruido como el de la corte i buscar quietud en tierras más templadas»; i pasando por Córdoba, lle-

ga a Málaga, a tiempo que había anclado un bergantín en el cual tiene la gran sorpresa de encontrarse con los hijos del renegado español que lo había tenido como esclavo en Arjel, quienes habían huído a España, tanto por conocer una nación de la cual tantas maravillas les había contado Obregón cuanto por hacerse cristianos, i a quienes vuelve así a encontrar el viejo escudero después de ocho años.

Abreviando, Marcos se dirige a Ronda; pero antes de llegar es secuestrado por una partida de ladrones, los cuales, luego después, traen otro cautivo el que resulta ser el doctor Sagredo, quien cuenta sus viajes por el nuevo mundo i unas supuestas i extravagantes aventuras que hacen recordar las de Gulliver, con gigantes idólatras, i, por fin, la pérdida de su esposa al llegar frente a las costas de España; pero resulta que doña Margelina no había muerto: disfrazada de paje, cae también en poder de los bandidos, encontrándose así reunidos otra vez los tres, aunque en situación mui diferente. Pero luego, el capitán de los ladrones concede la libertad a los tres, i a este punto de la narración, el ermitaño, que ha estado escuchando las relaciones de Marcos, «dando grandes muestras de admirarse de lo que había oído, dijo que ya se podía pasar por la puente», pues, por estar ésta intransitable, se había refugiado Obregón en la ermita.

Cómo puede comprenderse por el argumento que damos, las aventuras del escudero Marcos, si tienen mucho de picarescas por la vida llena de sufrimiento i de miserias que éste lleva, no tienen nada de pícaras, punto en que difieren esencialmente

de las aventuras de otras novelas de este jénero; Marcos no comete ninguna mala acción, no es un ladrón como Guzmán o Pablos; por eso, no había necesidad alguna de hacer disertaciones morales que precavieran contra los vicios del protagonista; sin embargo, toda la obra es casi una continua lección de moral, de virtudes. Es claro que no son los actos de Marcos los que dan ocasión a estos sermones, sino los vicios que éste observa en otros. Así como se dijo al tratar del «Guzmán de Alfarache», que se podía explicar la tendencia moralizante de Alemán, si teníamos en cuenta que escribió su obra en edad avanzada, lo mismo puede repetirse en esta ocasión: «El escudero Marcos» es también el fruto de la edad proveccta de Esquivel, quien, al recuerdo de su juventud, «edad que me pesa en el alma que haya pasado por mí», según él dice, no puede menos que vaciar en el papel los pensamientos i consejos que le sujere su larga esperiencia. I tal vez sin darse cuenta, los mismos consejos i pensamientos, aunque en variada forma, los repite tan a menudo en el trascurso de la obra que, aunque el lector no lo quiera, por fuerza han de quedar grabados en la memoria. Es, pues, el «Escudero Marcos de Obregón», un libro que encierra un gran caudal de moralidad, con lo que Espinel no hace sino cumplir con su propósito, con su principal intento, cual es «enseñar a tener paciencia, a sufrir trabajos i padecer desventuras». (Relación I, descanso XII), por lo cual, en el prólogo, nos llama la atención hacia el modo en que debe leerse la obra, haciéndonos al mismo tiempo un pedido: «Yo querría en lo que escribo que nadie se contentase con leer la corteza

porque no hai en todo mi Escudero hoja que no lleve objeto particular fuera de lo que suena».

En otros escritores como Ubeda i Quevedo, hemos anotado el hecho de que a veces insisten demasiado en escenas de carácter íntimo, en situaciones difíciles i como una comprobación de lo que dijimos hablando de Quevedo, respecto de que una obra no perdería sino ganaría, suprimiéndole esos pasajes, tenemos que «El Escudero Marcos» que carece de ellos, es considerada con justicia como una de las mejores novelas españolas, tanto por su contenido, por sus tendencias, como por su forma.

Porque en cuanto a su estilo, sólo podemos decir que es encantador por su sencillez i que aun un niño puede leer el libro sin mayor dificultad: no hai retruécanos, hipérboles exajeradas, etc., i el mismo autor se encarga de decirnos, en el último descanso por qué escribió su novela en estilo sencillo: «Escribí en lenguaje fácil i claro, por no poner en cuidado al lector para entendedorlo». I con esto hizo mui bien i dió una lección elocuente a los gongoristas, i por ello ganó su obra en popularidad. También gana en amenidad su lectura con la oportuna intercalación de numerosos cuentos, historias i anécdotas, que, desviándose de la narración principal, concurren, sin embargo, al mismo fin.

---



## CAPITULO VIII.

### Las obras picarescas de los escritores Alonso de Salas Barbadillo i Alonso del Castillo Solórzano

Para seguir el orden cronológico que hemos adoptado, nos correspondería hablar ahora del «Lazarillo del Manzanares», obra aparecida en 1620, cuyo autor es Juan Cortés de Tolosa i que por ser una infeliz imitación del «Lazarillo de Tormes», no merece ocupar mayor espacio que el de una citación. Pasando, pues, por alto esta obra, entraremos a tratar de los dos fecundos escritores con cuyos nombres encabezamos este capítulo i que incluimos en este lugar, alternando un poco este orden cronológico por haber escrito varias obras en diferentes años.

Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo (1551-1635) i Alonso del Castillo Solórzano (1584-1649), tienen de común no sólo su nombre de pila, sino su gran

fecundidad, un ingenio más notable por su expansión, por lo estenso, que por lo profundo.

*Salas Barbadillo* se firmaba «criado del rei»; pero aunque no se sabe en qué calidad le servía, debió de haber sido un empleo mui humilde el suyo, pues parece que tuvo que escribir para comer. Sus obras son numerosas, i constan en su mayoría de comedias i novelas de carácter picaresco. De estas últimas, o sea novelas picarescas, que son las que aquí nos interesen, las principales son: «La ingeniosa Elena, hija de Celestina» (Lérida, 1612) cuya heroína es Marina, «El sutil cordobés Pedro de Urdemales» (1620) «La sabia Flora mal sabidilla» (1621), novela dialogada, i otras de menor importancia. Además de estas novelas tiene, como hemos dicho, una serie de comedias de carácter picaresco, i una obra titulada «El curioso i sabio Alejandro, fiscal i juez de vidas ajenas» (1615) que consiste en una serie de seis cuadros, en que el autor personifica i ridiculiza diferentes vicios, i que pueden figurar al lado de las narraciones de igual índole inyectiva de Quevedo.

Para que este trabajo fuera completo, deberíamos considerar aquí por separado, las novelas picarescas que dejamos mencionadas; pero, aunque los deseos no nos han faltado, nos ha sido imposible hacerlo, porque no hemos podido encontrar ni siquiera «La Ingeniosa Elena», que muchos críticos tienen por la más importante, a pesar de haberla buscado en todas partes, incluso en la Biblioteca Nacional. El hecho de la escasez de las obras de Salas Barbadillo (como también de las de Castillo Solórzano) sólo puede explicarse teniendo en cuenta

que es un autor de tercera categoría, i del cual sólo desde poco tiempo atrás han empezado a preocuparse los críticos, más por curiosidad bibliográfica que por admiración al autor. Así, pues, juzgando de su estilo sólo por la lectura de «El curioso i sabio Alejandro», diremos que éste es sencillo, correcto i ameno, su lenguaje es fluido, libre del gongorismo que por aquel entonces hacía su presa en la mayoría de los escritores, i, libre también de barbarismos i de ahí que pueda decirse con uno de sus panejiristas que «escribió siempre en lenguaje verdaderamente castellano, no intentando introducir otro extranjero como los que lo afectan, ignorando el propio».

No menos fecundo que Salas Barbadillo es su contemporáneo *Alonso del Castillo Solórzano*, maestre-sala que fué del virrei de Valencia, marqués de los Vélez, i cuyas últimas obras datan de 1649. Cultivó el jénero histórico; pero su fuerte principal está en las novelas picarescas, de las cuales las principales son: «Las arpías de Madrid i coche de las estafas», «La niña de los embustes, Teresa del Manzanares», «Las aventuras del bachiller Trapaza», i «La Garduña de Sevilla» (Logroño 1634), su obra más importante. Las tres últimas, forman una especie de trilogía, pues, la protagonista de la Garduña», por ejemplo, es hija de Trapaza, héroe de la anterior.

Como se ha dicho, la más importante i a la vez más conocida de estas novelas de Castillo Solórzano, es «*La Garduña de Sevilla i anzuelo de las bolsas*», obra de que trataremos a continuación.

Estefanía, viuda de un rico jenovés, por celo ha-

bía hecho poner en presidio a Trapaza; pero al fin como tenía una hija de éste, lo saca de galeras, se casa con él, i ella, que había sido una pícara, por amor a su hija se rejenera; más no así Trapaza, quien, después de haber malgastado la fortuna de su mujer, es la causa de su muerte. La hija de éstos, Rufina, queda entonces a los 12 años de su edad al cuidado del indolente Trapaza, i como quiera que siempre sale «de tal palo tal astilla», Rufina luego empieza a mostrar sus buenas habilidades, hasta casarse con un tal Saravia, viejo indiano con quien Rufina se propone llevar la vida de lujo que anhela. Pero el marido, que era avaro, no sale a pedir de sus deseos, lo que hace que Rufina para satisfacer sus caprichos, le sea infiel; pero se estrena con tal mala estrella que a la primera ocasión es burlada por un tal Roberto, quien después mata a Trapaza en un duelo, cuando éste, sabedor del engaño de que había hecho víctima su hija, trata de vengarse. Muerto su padre, Rufina sigue llevando la misma vida de coquetería, i en un paseo, astutamente, hace caer en sus redes al incauto Feliciano, de quien piensa sacar provecho i servirse también para vengarse de Roberto, cuya burla no ha olvidado.

Ambas cosas las consigue, pues, habiendo vuelto Roberto a cortejar a Rufina, se encuentra una noche con Feliciano, hacen luego los aceros sus oficios, i el primer burlador de Rufina cae muerto bajo una ventana de la casa de ésta, pero todo esto, no sucede con tanto silencio que el pobre Saravia no se imponga del doble adulterio de su mujer, lo que lo hace pensar en la venganza; mas su dolor



era tal «que fué bastante para ahogarle los espíritus vitales i acabar con su vida», antes de realizar aquella. Viuda i pobre, Rufina se da de lleno a una vida de pícara i en compañía de un tal Garay, amigo de su difunto padre i a quien hace pasar por tío, logran hacer víctima de un robo a un viejo avaro, llamado Marquina; para esto se introduce Rufina en la quinta que este tiene cercana a Sevilla, dándole resultado una ingeniosa tramoya; la llave de la cual estaba en hacerse amar de Marquina, le roba más de 4 mil escudos de oro i dos mil en plata, que éste deja enterrados por huir de la justicia con la cual se creyó estar comprometido por haber muerto a un hombre, que no le era sino en la figura, pues, era un espantajo de paja. Rufina i Garay, antes de ser habidos por la justicia, decidieron pasar a Madrid, i en el camino entre Carmona i Córdoba, un sacerdote que va en el mismo coche que ellas, lee la novela «Quien todo lo quiere, todo lo pierde», que ocupa gran parte del cap. VI, hasta el VIII inclusive. A las puertas de Córdoba, Garay i Rufina por atender a un hombre herido en duelo, son retenidos en prisión mientras se aclara el hecho; una vez en libertad, Rufina, que había caído enferma, va a vivir a casa de un rico jenovés que «podía mui bien ser segunda parte del sevillano Marquina» i, en efecto, lo fué hasta para los tiros de Rufina, pues ésta, en compañía de su finjido tío Garay, que se hace pasar por alquimista i poseedor del secreto de la piedra filosofal, logran hacerle un robo por la cantidad de 6,000 ducados, empresa que se les hace fácil contando con la avaricia del jenovés i con el amor que le inspira la hermosura de Ru-

fina. Hecho el robo mientras el jenovés se encuentra ausente, huyen los dos a Málaga. En el camino venen obligados a refugiarse en un bosque mientras pasa una lluvia, i en este bosque tienen la dicha de oír la conversación de tres ladrones que se disponen a hacer un cuantioso hurto que luego han de dejar en custodia de un ermitaño que se hace pasar por santo, siendo un grandísimo bribón encubridor de latrocinios.

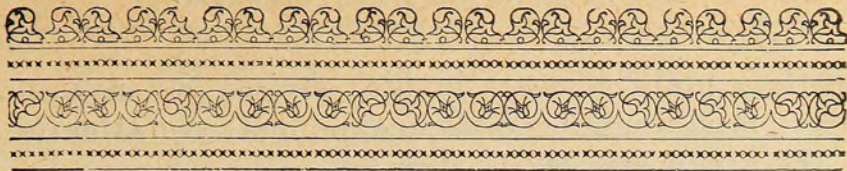
Esto abre el apetito de los dos asociados que luego se proponen hacer llegar a sus manos el fruto de tal hurto, para lo cual trazan un plan: Rufina que se finje perseguida, logra obtener albergue en casa del ermitaño Crispín, a quien cuenta una triste supuesta historia de su vida, i quien, no siendo un menospreciador de la beldad femenina, la festeja. Vive Rufina en la ermita varios días, al cabo de los cuales los ladrones llegan con el fruto de su robo, tienen una buena cena, i uno de ellos, ex-estudiante, cuenta, para pasar la noche, la hermosa novelita: «El conde de las legumbres» que ocupa los cap. 12, 13 i 14. A la noche siguiente, Rufina da un narcótico a Crispín i así logra sacar de la bóveda todo el dinero, que luego pone en cobro con ayuda de Garay que está a la expectativa; huye luego a Toledo, pasando por Málaga, donde deja un aviso a la justicia desenmascarando a Crispín; acude la justicia una noche a la ermita i apresa a toda la banda de ladrones, los que son condenados a muerte; pero Crispín logra huir de la cárcel, se va a Jaén i de ahí a Toledo, donde cambiado el traje, afeitado el rostro i ciñendo espada, parece otro. En Toledo reconoce un día de misa a la que

lo había burlado i prepara su desquite, para lo cual la hace seguir de otro compañero, quien logra saber que Rufina se hace pasar por la viuda Emerenciana de Meneses, llegada de Badajoz; Crispín, para lograr su intento, hace entrar a casa de Rufina a su compañero Jaime, que haciéndose pasar por un caballero, finje ser perseguido de la justicia por una muerte i pide amparo. Rufina, «que estaba ajena de aficionarse sino solo a la moneda», siéntese ahora, sin embargo, inclinada al mancebo que en verdad era guapo, i no le niega albergue. Para entretener a Rufina, Jaime le narra la novela «A lo que obliga el honor», que ocupa los cap. 17 i 18 i parte del 19. No salió Crispín mui bien parado de la venganza que se prometía, porque no contaba con que Jaime podría enamorarse de Rufina, como en efecto sucedió: ambos se sienten enamorados, se quitan las caretas, i tratan ahora de engañar al ex-ermitaño, cosa que le fué mui fácil a Jaime: no contentos con ésto, lo denuncian a un alguacil i el pobre Crispín paga en la horca sus pasados delitos. En tanto Jaime i Rufina huyen a Madrid, donde aquél, haciéndose pasar por autor, vestido con «una loba mui traída, i aún manchada, requisito de poetas», distrae a un director de compañía para leerle una mala comedia, mientras otros cómplices le roban de su posada todo el dinero que tiene. Con esto, Jaime i Rufina huyen a Zaragoza, donde se establecen con una tienda i pasan su vida honradamente.

De los veinte estensos capítulos de que consta esta novela, hemos visto que nueve se dedican a historias intercaladas; pero estas novelitas no ha-

cen sino aumentar el valor de la obra, cosa que, como veremos, no sucede con otros autores (v.gr. Céspedes; «El soldado Píndaro») que no usan prudentemente de este recurso literario. Por la trama de la obra, puede verse que está cortada por el mismo padrón que todas las novelas picarescas, i que su protagonista tiene mucho parecido con los de otras novelas: los hurtos de Rufina, llamada la Garduña, por ser astuta como ese animal, hacen recordar los de Justina; pero en lo que Castillo Solórzano lleva indiscutible ventaja a López de Ubeda, es en estilo i locución, pues aquél es más fácil, libre de los retruécanos i juegos de palabras, de que hemos visto que está plagado el de «La pícara Justina», i ésta es sencilla i evita los vocablos ridículos o exóticos, de los que el autor se ríe, haciendo decir a Jaime, al objetarse el empleo de la palabra «señoresa», que «El tiempo no está para otra cosa, sino para oír novedades, que lo común i trivial hasta los rústicos no se dignan de oírlo». Pero esto no quiere decir que el estilo sea perfecto, pues, el hecho mismo de que este autor haya escrito un gran número de obras, esplica el que no haya tenido tiempo para pulirla, por lo que se resiente de algunos descuidos i de cierta aspereza, sobre todo en sus primeros capítulos, que nos hacen comprender claramente que Castillo Solórzano escribía con mucha lijereza.

---



## CAPITULO IX

Otras dos novelas picarescas notables: «Alonso, mozo de muchos amos» i «El soldado Píndaro»

### ASUNTO I CRÍTICA DE ESTAS OBRAS.

En 1624 apareció en Madrid la primera parte de «Alonso, mozo de muchos amos», cuya segunda parte se publicó en Valladolid en 1626, por el *doctor Jerónimo de Alcalá Yañez i Rivera* (1563-1632), natural de Segovia, donde ejercía su profesión de médico. Jerónimo de Alcalá había publicado ya una obra de piedad que no tuvo éxito, i por eso, temiendo que con «Alonso» le sucediera lo mismo, el autor se anticipa a decirnos de su libro que «este será el postrero, con propósito firmísimo de que no ha de escribir más libros si no fueren tocantes a la facultad que profesa»; sin embargo, como dejamos dicho más arriba, en 1626 aparecía la segunda

parte i probablemente lo hizo desistir de su anterior propósito, la benévola acogida que tuvo «Alonso».

El argumento de la primera parte, es como sigue: siendo Alonso donado (sirviente de una orden relijiosa, que viste cierta especie de hábito, pero sin hacer profesión) de cierto convento, donde está ya catorce años viviendo «con más gusto i contento que si estuviera en los palacios de los monarcas de la tierra», el vicario, que ha oído hablar de su vida anterior, le pide que se la cuente por estenso durante los paseos que hacen por las tardes. Alonso accedé i da cuenta de su vida desde su nacimiento, ocupando en ello varias tardes que corresponden a otros tantos capítulos.

Natural de Andalucía, Alonso queda huérfano en la cuna, i tiene que criarse al lado de un tío cura, cuya casa «bien pudiera servirme de purgatorio», i donde «el poco dormir, el mucho madrugar, el andar de día i de noche, era insufrible» (pasa je es éste en que puede notarse la influencia de Cervantes, mui dado a usarlos semejante). Huye Alonso de casa de su avaro tío, i va a dar a Salamanca, donde sirve de criado a cuatro estudiantes estafalarios i pendencieros que concluyen por tomar hábito relijioso, después de lo cual Alonso, que no siente vocación por el claustro, se enrola en una compañía de soldados que asuela todas las aldeas por donde pasa, haciéndose tan odioso, que en una reyerta con ciertos labradores, es muerto el capitán i los demás tienen que recurrir a sus pies para librar con la vida. En la primera aldea a que llega, Alonso, logra entrar al servicio de un sacristán que tenía mui «poco respeto a los altares i a las

sagradas imágenes», i quien, enfadado de la intrusidad de su servidor, a quien él llama «procurador de los embargos», que se cree con derecho a amonestarlo continuamente, concluye por despedirlo al cabo de dos meses del servicio de la iglesia, donde Alonso había notado tantos abusos de parte del sacristán i de los feligreses. Llegado a Toledo, acierta a colocarse con un matrimonio que se encuentra en plena luna de miel, matrimonio que se considera feliz i en que el novio parece ser dichoso, a pesar de que su mujer es «flaca, negra, tuerta i fea», en fin, una estatua viviente de la fealdad elevada a su máximo. Però pasan los primeros meses del matrimonio, i el hombre se hace sentir en ese hogar, lo que ocasiona quejas i maldiciones de parte de la novia, a lo que el novio corresponde cariñosamente, alzando la mano «de cuando en cuando, emparejando entrambos carrillos» a su mitad. Aburrido de esta vida, Alonso abandona esta casa sin siquiera avisar, i toma el camino de Madrid, donde tiene la fortuna de entrar al servicio de un letrado, acabado de nombrar Alcalde mayor de Córdoba, ciudad que Alonso abandona a los tres meses de servicio (no sin antes haberse pagado él mismo su salario), porque, perseverando Alonso en su manía de aconsejar i predicar moral, llega a hacerse aborrecer de su amo i de sus amigos, siendo conocido como el soplancillo i hablador. De Córdoba Alonso se dirige a Sevilla, i en el camino, gracias a su astucia i a sus buenas piernas, escapa de que un mesonero lo case por fuerza i con apuro asombroso, con su hija. En Sevilla busca amo, pues, «aunque tenía bastante edad i cuerdo para arrimarse a algún

oficio, no sé que hallaba de contradicción en mí para no aprenderle»; por fin se coloca con un médico, i en el capítulo correspondiente, que es uno de los más estensos, Alcalá Yáñez, defiende i hace un panegírico,<sup>4</sup> por boca de Alonso, de su profesión.

Disgustado Alonso con el médico, se retira de su servicio después de seis meses, i se va a Valencia, donde entra al servicio de una hermosa i honesta, pero pobre viuda, en cuya casa sufre i ve sufrir las consecuencias de una pobreza estremada, pobreza de que un mulato quiere abusar para vencer la fortaleza de dicha viuda; pero ésta se defiende i prefiere ver muerto un hijito antes que entregarse; i, por último, consigue dar muerte al atrevido mulato. Interviene la justicia i Alonso, que entonces se encontraba fuera de la casa, es tomado preso en tanto se esclarece su inocencia. Una vez en libertad, pasa al Nuevo Mundo, al servicio de un alguacil mayor de Méjico, ciudad donde Alonso, gracias a algunos afortunados negocios, consigue levantarse tanto que llega a ser toda una personalidad, lo que no deja de llenarle de aire la cabeza; pero si rápida fué la subida, más lo fué la caída, porque toda su fortuna se la tragó el insaciable mar. Pobre i descorazonado vuelve a España, i en Sevilla entra al servicio de un autor de comedias, hombre bueno, pero que no toleraba insultos, i que en cierta ocasión da muerte a un hidalguete que lo ofende; Disuelta la compañía, Alonso entra a servir a unas monjas; pero una enfermedad le hace perder la colocación i al «fin, enfadado de conocer tantas i tan varias condiciones, i echando de ver la



vanidad del siglo, vine a este convento... donde ha catorce años que vivo».

Como dijimos más arriba, Alonso de Alcalá no había pensado escribir una segunda parte, i en el prólogo de la primera nos había prometido que ese sería su postrer libro; por eso, en el prólogo de la segunda empieza disculpándose con decir que sigue siempre la misma materia. Si el autor hubiese pensado en una segunda parte, al publicar la primera tal vez no habría dicho que su héroe estuvo catorce años de donado, porque los pícaros nos agradan más jóvenes. Ahora no es un vicario, sino un cura, que había conocido a Alonso, quien lo encuentra en una ermita dependiente de su curato, i le pide que le cuente cómo ha llegado a ser ermitaño. Empieza Alonso contándonos cómo después de ser tan querido del prior de su convento, éste le había tomado mala voluntad, concluyendo por despedirlo, todo debido a la inquieta lengua del buen Alonso que a todos trataba de corregir, i por lo que se orijinan todos sus disgustos con sus amos.

Después de abandonar el convento de Navarra, se interna en el monte, i es apresado por una banda de jitanos que le roban todo, hasta dejarlo en el traje de Adán.

Alonso sigue viviendo largo tiempo en compañía de los jitanos, adopta sus trajes i costumbres, aprende todas sus habilidades, i, consigue igualarlos i aún superarlos, llegando a ser el brazo derecho del jefe o conde, cuya buena voluntad se capta por diversas hazañas. En cierta ocasión, encuentra en el bosque el cadáver de un caballero muerto en un duelo, lo despoja de sus vestidos, dineros i alha-

jas, i, viéndose bien puesto, se va a Zaragoza, donde llega a tener fama de entrometido, pues no hai fiesta a que no asista sin que se le convide. Termina por casarse en esta ciudad con una viuda, que tiene la misma profesión que la madre de Sócrates, i con quien tiene que sufrir las hechas i por hacer. Compadecido de él la suerte, lo deja viudo; pero, como toda su hacienda es arrebatada por sus hijastros, tiene que volver a sus vida de miserias. Logra entrar al servicio de un caballero portugués, i así, Alonso va a dar a Lisboa, donde lo hace vivir en perpetuo cuidado el amor que la hija de su amo tiene por un joven pobre. Cansado de las incomodidades que por esta causa tiene que pasar, pues como mayordomo, i más que todo, como agradecido, se cree con la obligación de velar por el honor de la casa, i, para librarse de probables conflictos futuros, abandona Portugal, i llega a Toro, en donde entra como aprendiz de un pintor que ningún honor hacía a la memoria de Apeles. Este pintor concluye también por disgustarse de los continuos sermones que Alonso le propina, i, comprendiendo Alonso su desagrado, lo deja i se va a Segovia, donde trabaja como aprendiz i obrero en las fábricas de tejidos; pero luego tiene que abandonar también esta ciudad, por haberse encontrado presente en una pendencia i para escapar a la persecución de la justicia, decide ir a Barcelona, pasando por Murcia. Al llegar a Alicante, se embarca junto con una compañía de cómicos en que encuentra algunos amigos; pero tiene tan mala suerte, que un temporal los arroja a las playas de Arjel, donde son hechos prisioneros i don-

de los moros terminan por matar a todos los de la compañía; Alonso se libra i siendo después rescatado, junto con otros cautivos, vuelve a España i decide pasar el resto de su vida como ermitaño.

Las dos partes de esta novela, suman un total de 23 capítulos, algunos bastante estensos.

Como en todas las novelas picarescas, el protagonista va haciendo la crítica de las diferentes clases de la sociedad a que pertenecen sus amos. Pero Alonso difiere de los demás picaros que hemos conocido, en que no se contenta como Guzmán o Marcos, con observar i guardarse las críticas para sí, sino que se cree obligado a predicar a todos sus amos: trata de enmendar su conducta con sus consejos, consejos que por lo demás no tienen nada de extraordinario, no encierran una filosofía superior; son observaciones familiares que pueden servir para el manejo en la vida diaria i que sentarían mejor en boca de una buena vieja que en la de un muchacho. Esta tendencia a predicar es la que acarrea a Alonso todos sus disgustos con sus amos.

«Nunca segundas partes fueron buenas», se ha dicho i en este caso vemos esto corroborado una vez más, pues, la segunda parte de «Alonso», es más pobre que la primera en inventiva, en situaciones i en concisión.

Como queda dicho, Alonso es un *sermonero* perpetuo, i no contento con esto, para dar mayor autoridad i fuerza a sus consejos, cita a cada paso casos parecidos, ya inventados, ya anecdóticos, de los que se pueden desprender conclusiones que concurren al mismo fin que persigue; por eso, a poco de hablar algo por su cuenta, Alonso sale con un

inevitable «esto me hace acordar del caso sucedido a Fulano», o algo parecido. Alonso es un torrente de palabras, i con razón, con el tiempo vino a conocerse el libro con el nombre de «El Donado hablador», calificativo que su protagonista se hizo digno de merecer.

No podemos dejar de reconocer los méritos de esta obra; dicción clara, lenguaje sencillo, fluido i sin afectación; desgraciadamente, Alcalá Yáñez, no anduvo acertado en dar a su obra una forma dialogada, porque no nos encontramos aquí con un diálogo vivo, interesante, como en «Rinconete i Cortadillo» por ejemplo, sino con uno pobrísimo: casi no lo consideramos diálogo, porque no es sostenido con igual viveza por ambos lados; son, más que otra cosa, interrupciones que hacen a Alonso, el vicario en la primera parte, i el cura en la segunda, interrupciones calculadas para dar margen a la esplicación de algún hecho de parte de *Alonso*.

---

*Gonzalo de Céspedes i Meneses*, autor del «El Español Jerardo» (1615), i de varias otras obras de menor importancia, publicaba en 1626 en Madrid la novela titulada «*Fortuna varia del soldado Píndaro*», perteneciente al jénero picaresco. La obra está dividida en dos libros que suman 51 capítulos, sin encabezamiento alguno; antes de empezar la narración hai una introducción en que el autor dice que no hace sino publicar las aventuras que el mismo soldado Píndaro había escrito i que le había confiado como recompensa por ciertos servicios.

Sabido es cuán favorecida era en el período clásico de la literatura, la costumbre de suponer ajenos los escritos publicados, i así nunca faltaba un Cide Hamete a quien dar por autor: era costumbre tan en boga como aquella otra de prometer continuaciones que nunca aparecían.

Píndaro, que no es un pícaro de baja estracción, sino hijo de un caballero que por cierta desgracia se ve obligado a vivir incógnito, abandona su hogar a los 12 años de su edad i en compañía de otro muchacho llamado Figueroa, se va a Toledo, ciudad cercana a la aldea de su residencia, i llega allá después de pasar por Torrijos, (donde, de resulta de cierta aventurilla, debe quedar guardando cama el compañero), medrado de dinero, gracias a su buena astucia. Lo primero que Píndaro ve, llegado a Toledo, es una muchedumbre de jente que se apronta para ver el ajusticiamiento de un noble anciano, que se ve libre de tan doloroso trance por llegar en oportunísimo momento una orden del rei. Curioso de averiguar el hecho, Píndaro ve satisfechos sus deseos con la narración que de las causas de este acontecimiento hace un sacerdote: esta narración forma una novelita independiente que ocupa los capítulos III i IV i que podríamos llamar de Luis i Teodora, o del anciano Quevedo, por ser este el nombre del personaje que más se destaca. De Toledo, Píndaro decide pasar a Sevilla, i habiendo llamado en el camino a un convento de Tembleque, el padre guardián lo confunde con un sobrino que había huído, i, nuestro amigo, viendo que de este engaño obtendría buen traje i dinero, concluye por dejar al reverendo padre i

supuesto tío en su error; pero como este mandara dejarlo nuevamente a Toledo, en el camino, Píndaro huye de sus guardianes i vagando, vagando, llega por fin a una ciudad de Estremadura, que no se nombra, donde logra ingresar a la casa de un príncipe castellano, al servicio de su sobrino. Desde el cap. IV al VIII inclusive, no se hace sino contar los desgraciados amores de este sobrino del príncipe, don Gutierre, con la hermosa Hortensia, mujer casada con un viejo, amores que terminaron con la muerte de Hortensia, que no puede resistir al dolor que le causa la certeza de su imposible amor, i, con la entrada a un convento de don Gutierre.

Tenemos así otra estensa novela intercalada que solo indirectamente se relaciona con la obra. En seguimiento de la casa del príncipe, Píndaro pasa a Sevilla, donde, en compañía de otro mancebo de su edad, llamado Francisco de Silva, lleva una vida de pendencias i fanfarronadas, llegando a pertenecer a una famosa sociedad de bravos de profesión, hasta que deciden pasar a América, yendo a embarcarse a San Lúcar. Antes de llegar a este puerto, sin embargo, tiene una estraña i estraivagante aventura con una que se supone hechicera; en esta fantástica narración i otra análoga, se ocupa gran parte del capítulo XVI hasta el XVIII, inclusive. En San Lúcar tiene lugar el desenlace de una aventura que a Píndaro había acontecido en Sevilla, donde, por equivocación, se le había dado un cofre con joyas, dinero i cartas de amor, lo que da ocasión para intercalar la novela de los amores de la bella Elvira que ocupa desde el cap. XIX al

XXII. Hace luego Píndaro su proyectado viaje a América, i pronto otro, i, con el producto de negocios hechos en ambos, después de haber sido abandonado por su amigo Francisco de Silva, vuelve rico a su hogar, al que llega a tiempo para cerrar los ojos a su padre. Hasta aquí llega el libro primero, i, para hacer notar cuán gran parte ocupan las narraciones ajenas a la trama principal, hemos indicado el número de capítulos que éstas ocupan de los 23 que tiene el primer libro.

Después de dejar a su madre instalada en una villa cercana a Madrid, Píndaro pasa en compañía de un hermano a Valladolid, residencia de la corte, i allí «olvidado de mi adversa fortuna, de mis principios cortos, de mis necesidades i trabajos», i lujosamente vestido de soldado, sólo se preocupa del buen arreo de su persona.

Una bella dama de alto copete se enamora de él; pero estos amores se guardan con tanto secreto i misterio, que el mismo Píndaro, que se deja llevar siempre a casa de la dama en una litera cerrada, ignora la condición i domicilio de su dueño, i, cuando casualmente llega a descubrirlo, la dama que era casada, i que teme ver divulgado su secreto, decide hacerlo matar una noche en que, confiadamente, Píndaro concurre como de costumbre a la cita; pero después de grandes trabajos, consigue escapar de la muerte, aunque mui mal parado. Para librarse de las asechanzas de que es víctima, de parte de su ex-querida, Píndaro decide pasar a Madrid; pero no logra esto sino después de algunas aventuras (salteo) que bien pudieran haber costado la vida a él i a las otras personas que ocupaban

el coche de posta. Entre esas persona iba una señora i su hija, una hermosa niña que tenía por cabellos «las más ricas madejas de oro fino que vió el Tajo en su Arena ni el Arauco en sus minas» (libro II cap. VIII) i esta niña se enamora de Píndaro, i tanto, que éste, que ya ha tenido lo bastante de amores para escarmentar, tiene que huir las ocasiones, que no son pocas, por cuanto, importunado por la madre que está agradecida, a sus servicios, se ve en la necesidad de alojar en su casa en Madrid. Para evitar mayores daños, Píndaro decide ausentarse i en buena coyuntura se ve en la obligación de pasar a Toledo, para averiguar ciertos asuntos relativos a su hermano. En la cárcel de Toledo, con gran sorpresa, encuentra a don Francisco de Silva, el compañero de su juventud que, como vimos, lo había abandonado en Sevilla i quien le cuenta las causas de encontrarse en ese lugar, que no son otras que la infidelidad de una mujer, que lo había puesto en la necesidad de matar a un rival. Estas aventuras de Silva que pueden considerarse como un cuento aparte, ocupan los cap. X i XI. Condolido de la suerte de su amigo, Píndaro decide salvarlo, i, al efecto, prepara la fuga; pero con tal mala suerte que por huir, los dos se separan. Píndaro después de pasar un día escondido en los alrededores de la ciudad, se dirige a Ocaña, donde al llegar, desde una ventana, le pasan un cesto, que no es otra cosa que el nido de una criatura recién nacida, a quien se le ruega cuidar, cosa que Píndaro hace gustoso, dejando el infante en poder de una aya. Se esclarece este misterio cuando, en el camino a Madrid, juntándose con un cura i un caballero, Pín-



dar oye de labios del primero i continuada por el segundo, la historia de los amores de Anselmo i Estela, hermosa i bien desempeñada novela intercalada que ocupa desde poco más de la mitad del cap. XIV hasta el XXI inclusive, con una corta interrupción en el XIX en que se narra cómo Píndaro encuentra nuevamente a Silva, que había sido apresado en una aldea, i a quien, acompañado de su mozo i del caballero antes nombrado, logra poner en libertad. Escapando de la furia de ciertos aldeanos que reconocen a su preso, llegan por fin a Madrid, de donde Píndaro, en compañía de su criado, pasa a Barcelona i se embarca para Jénova; pero víctima de una furiosa tormenta, varias de las galeras naufragan. Además tiene que sostener combates con piratas turcos a quienes toman algunos prisioneros, en uno de los cuales, al llegar a Malinas, en Flandes, después de haberle declarado éste ser español i de haberle contado su historia (que ocupa desde el cap. 26 al 28 inclusive), Píndaro reconoce al primer compañero de sus aventuras, a Figueroa, que como hemos visto, quedó abandonado en Torrijos. Luego muere Figueroa i entonces Píndaro pasa a Bruselas término de su viaje, con lo que termina la obra, i prometiéndonos antes el autor «sacar en breve espacio la resta que queda», promesa que, como la hecha por muchos otros, no cumplió.

Por esta breve noticia del asunto de la obra, puede verse que las aventuras de Píndaro ocupan la minoría de los 51 capítulos de la novela, pues 28 de ellos (sin contar cuentos menores) están destinados a narraciones independientes de, o solo in-

directamente relacionadas con las aventuras del héroe. Todas estas historias que podemos llamar anexas a la trama principal, si bien muestran la fecundidad del autor, hacen enfadosa la lectura, porque nos obliga a salvar continuas i largas interrupciones, interrupciones que hacen que el lector, olvidado de las aventuras del protagonista, pierda el interés. Esto no deja de reconocerlo el mismo autor i de pedir a veces disculpa por ello; i se defiende haciendo decir a Píndaro: «Por no faltar a la empresa que sigo, que es deleitar i divertir a los lectores, no escuso en los progresos varios de mi vida, parte ni circunstancia que pueda darles gusto, que no le saque a plaza» (libro II, cap. 22) i después lo hace agregar: «demás que también esta disposición trae consigo a veces enseñanza i doctrina» (idem, cap. 26). Diremos nosotros que será como el autor quiera, mas, «bueno es el cilandro, pero no tanto» (i escúsesenos que nos valgamos de este dicho popular), porque no es artístico ni prudente, que en una menos estensa que «Guzmán de Alfarache», tengamos mayor número de narraciones intercaladas. Repetimos que esto hace perder el interés, además que, como estas historias son de carácter heroico, o mejor, romántico-heroico, por ocupar tan gran extensión, hacen que el carácter picaresco, que debe ser el principal, palidezca i pase a ser secundario: tenemos algo así como si las correrías del soldado fueran sólo un pretesto para dar lugar a la narración de dichas historias, historias que, por lo demás, tienen no escaso mérito. Además de estos dos elementos ya anotados, el picaresco i el

romántico-heroico, para que la heterojeneidad sea mayor, tenemos algunas muestras del fantástico en la aventura con la bruja, (cap. 16 al 18 del libro I) que nos hace recordar las hechiceras tan frecuentes en las obras de la literatura inglesa, i, también en los misteriosos amores que en Valladolid mantiene Píndaro con la recatada dama, amores que tienen mucho sabor a las aventuras de «Las mil noches i una noche».

Es también fácil notar la influencia de la «Celestina» en esta obra, v. gr. en el cap. I. al hablar del enamorado se le pinta así: «Su cautiverio siente, i deseándola, ni apetece ni quiere la amada libertad; su llaga advierte, i no admite la cura;... dulce le es la ponzoña, deleitable i sabrosa su amargura mortífera, apacible sus daños, sus tormentas gustosas», etc., lenguajes i pensamientos imitados de aquellos con que Celestina pinta a Melibea el amor, i, también en un pasaje del cap. XII. (libro I) en que hablando de los amores de Hortensia i Gutierre, hace a éste caer de una escala mal sujeta a una ventana, imitando así el pasaje de la muerte de Calisto, aunque en este caso don Gutierre no muere. La influencia de Cervantes creemos notarla en el hecho, de que Píndaro hace dos salidas de su casa, cosa con que no nos habíamos encontrado en los otros héroes picarescos, i en lo que se imita las salidas de don Quijote; además, así como Don Quijote en su segunda salida sale acompañado de su escudero Sancho, así también Píndaro sale con un criado.

La otra obra importante de Céspedes, «El Espa-

«El Jerardo» (1615), ha sido criticada por su estilo gongorista; pero parece que en los once años que demoró en publicar «El soldado de Píndaro», se corrigió a este respecto, porque no podemos hacerle tal crítica: mui al contrario, el estilo es fácil, variado i ameno; tenemos un lenguaje, una locución, que fluye fácil i naturalmente.

---



## CAPITULO X

### EL OCASO DE LA NOVELA PICARESCA

- a) «El diablo cojuelo» no pertenece al jénero picaresco.—b) «Vida de don Gregorio Guadaña».—  
c) «Estebanillo González».

### ASUNTO DE ESTAS OBRAS I ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE ELLAS

Bajo el reinado de Felipe IV (1621-1665) apareció la última de las novelas picarescas, «Estebanillo Gonzalez» (1646); pero cinco años antes, en 1641, había aparecido una obrita de corta extensión, pero de gran merito, con el título de «*El Diablo Cojuelo*». Verdades soñadas i novelas de la otra vida, traducidas a ésta, debidas a la fecunda pluma del dramático ecijano *Luis Vélez de Guevara* (1574-1644), obra que jeneralmente se tiene por novela picaresca. Quienquiera que haya sido e

primero en darle esta clasificación, pecó de lijereza, i demostró no estar bien al cabo sobre las características del jénero picaresco. En efecto, ya hemos visto que todas las obras que hemos examinado (a escepción de «Rinconete i Cortadillo») tienen una forma autobiográfica, el autor hace hablar a un protagonista, mientras él permanece oculto tras de bastidores; además, su mayor encanto en cuanto al fondo, consiste en las diabluras que hace el «pícaro» sirviendo, casi siempre, a muchos amos, i en las pullas que, sin desperdiciar la ocasión, lanza a cada paso contra las diversas castas sociales, ridiculizando siempre sus vicios i predicando a veces la enmienda. Sólo en el último punto, «El Diablo Cojuelo» no se aparta del jénero picaresco, pero no es una sátira indirecta contra la sociedad, no es una ridiculización de seres que sean una personificación de ciertos vicios, sino una ingeniosa i a veces cruel invectiva que va directamente a su fin. Se vale también el autor de un recurso literario que hace desempeñar en la obra papel principal a un ser imaginario extra-terrenal, el diablo cojuelo, lo que hace que esta divertida narración guarde más analogía con las obras de invectiva de Quevedo, «Los Sueños», que con las obras picarescas.

Para corroborar todo esto, no estaría demás, decir algo sobre el asunto de esta obra que consta de diez *trancos* o capítulos.

A las once de la noche, don Cleofas Leandro Pérez Zambullo, «estudiante de profesión, aprendía a gato por el caballete de un tejado, huyendo de la justicia que le venía a los alcances» por pedido de doña Tomasa, «doncella chanflona», que desea-

ba hacer pagar al pobre estudiante lo que él no había comido. Huyendo, se refugia en un zaquizamí, perteneciente a otro edificio, que resulta ser el laboratorio de un astrólogo, que en una de sus redomas tiene encerrado al diablo cojuelo, al que conserva como en escabeche, i, a quien don Cleofas da la libertad. Agradecido de este servicio, el cojuelo (cojo por haber caído el primero después de la rebelión celestial, lo que hizo que cayendo los otros sobre él lo estropearan) quiere galardonar al estudiante i volando lo lleva hasta el capitel de la Torre de San Salvador, «mayor atalaya de Madrid», i desde ahí, a la una de la madrugada, por su arte diabólico, quita los techos a todas las casas de la ciudad, descubriendo «la carne del pastelón de Madrid». De imaginar es todo lo que don Cleofas podría contemplar hasta llegar la madrugada, hora en que el cojuelo vuelve a colocar los techos. De día lleva al estudiante por calles para él nuevas, en donde le va mostrando las miserias sociales; pero también en el infierno hai corchetes, i, sabedores de la huída del cojuelo del poder del nigromántico, a quien Satanás lo había cedido, salen aquellos en su busca, i nuestro diablo con don Cleofas huyen por los aires i van a dar a Toledo, donde, alojados en el mesón de la Sevillana, todos los hospedados despiertan sobresaltados a media noche a los gritos de «fuego, fuego», que no son dados sino por un mal poeta, autor de comedias de tropel i ruido, «que se convertía tanto en lo que escribía, que había dado aquellas voces». Se burla así Guevara, como ya habíamos dicho en el capítulo VI, de esta especie de comedias de que él mis-

mo produjo muchas muestras. De Toledo, sin pagar las costas de la posada, por supuesto, pasan a una venta de Sierra Morena i luego a Córdoba i a Ecija, formando en todas partes tumultos i dejando no mui buenos recuerdos; pronto llegan a la cuesta de Carmona, donde pasan la noche, durante la cual interrumpe su sueño la pasada de la casa de la Fortuna, hablar de la cual, se ocupa gran parte del tranco VII. Pasan a Sevilla, adonde va en busca de don Cleofas, la dama burladora i burlada que no desiste de su propósito de cazar un marido; pero al fin don Cleofas consigue verse libre de los corchetes que lo habían apresado, gracias al falso dinero del cojuelo. Estando en Sevilla, i haciendo siempre uso de su poder, el cojuelo hace reflejar en un espejo lo que pasa en la calle Mayor de Madrid; se pasa así revista a un sinnúmero de nobles a los que se llena de alabanzas, lo que hace pensar que el autor trataba de congraciarse con ellos, ocupándose en esto el tranco VIII; en Sevilla, también asisten el cojuelo i don Cleofas a una academia de ingenios, en la cual el estudiante lee una divertidísima pragmática por la que han de rejirse los poetas en la que se empieza por mandar «que todos escriban con lenguas castellanas, sin introducir las de otras lenguas», i en las que el autor se ríe del gongorismo, no obstante que el mismo hace desmerecer algo su obra por el abuso de esta tendencia anti-literaria, i de alusiones que hoi, por la distancia de los hechos a que éstas se refieren, no es posible comprender ni saborear.

No puede, pues, considerarse novela picaresca esta narración, por las razones apuntadas más arri-



ba, como asimismo tampoco podría considerarse como tal la obra que en 1663 publicó Francisco Santos con el nombre de «Día i noche de Madrid, discursos de lo más notable que en él pasa», que consta de 18 discursos o capítulos, en los cuales se cuenta lo que ven Onofre i Juanillo, recorriendo las calles de la Villa i que tiene mucha analogía en la forma i fondo con el «Diablo Cojuelo». Más tarde, (1707) Lesage tradujo libremente, o mejor dicho adoptó el «Diablo Cojuelo» con el título de «Le Diable boiteux», aprovechando para su segunda parte elementos sacados de «Día i noche de Madrid». Como tendremos que tratar después de Lesage, no insistimos sobre el particular.

*Antonio Enríquez Gomez* (1602-1662), segoviano, hijo de un judío portugués converso, soldado i escritor, tuvo que huir de su patria i refugiarse en Francia para librarse de las persecuciones de la Inquisición; en el país de los Luises, publicó la mayoría de sus obras, siempre en castellano, i así, dió a-la estampa en Rohan su obra «Siglo Pitagórico» (1644), novela moral en que, aprovechándose de la teoría de la metempsícosis o trasmigración de las almas, sigue las diversas vidas de una que concluye por encarnar en un virtuoso.

Todo esto no es sino una manera nueva e injeniosa de moralizar i de hacer una crítica de la sociedad contemporánea; una de las partes del «Siglo Pitagórico», subtitulada «Vida de don Gregorio Guadaña», no es sino una novela picaresca de corta extensión, en cuyos doce capítulos, Guadaña nos cuenta su vida i aventuras, semejantes a las de otros pícaros que hemos conocido, si bien mui

inferior en méritos comparados con las de Pablos o del Escudero Marcos.

Gregorio Guadaña, hijo de una partera i de un médico, empieza, imitando a la Pícara Justina, por hacernos una historia de su abolengo, que no desmerece del de aquélla. Llegado a los 22 años, sale de su pueblo natal, Triana, cercano a Sevilla, con intención de ir a proseguir sus estudios en Salamanca; en el camino de Sevilla a Carmona, traba amistad con un juez, que, acompañado de su escribano i alguacil, vuelven a la corte, i con los que después Guadaña había de encontrarse en estrechas relaciones, alivia la jornada la conversación de un jurisconsulto algo trastornado que se propone reformar los códigos. En Carmona, en cuya venta alojan, a la gran desesperación de los venteros a quienes no les agradaba tener la justicia en su casa, se junta a ellos otra partida de viajeros, entre los cuales viene una vieja Celestina, que a título de tía, trata de vender a Guadaña su mercancía, una hermosa muchacha del partido llamada Beatriz. En Carmona, Guadaña acompaña al juez en sus pesquisas, i, a cada momento tiene que oír los diferentes pareceres que sobre cualquier asunto emiten un filósofo, un estadista, un soldado, un letrado i un fraile (que eran los que se les habían reunido en Carmona), i, como todo se ve del color del cristal con que se mira, de comprender es cuán diversas serían sus opiniones. Frustrada una prisión que el juez intenta hacer, siguen viaje hasta una venta de Sierra Morena, donde Guadaña tiene una pendencia con el soldado por los favores de Beatriz, i donde, en la noche, los asalta i despoja una par-

tida de bandoleros que aprovechan su sueño para dejarlos en camisa. En esto coincide esta obra con el «Soldado Píndaro» cuyo protagonista, como se ha visto, es también atacado por ladrones en Sierra Morena, en circunstancias muy parecidas, i no sería de extrañar que Gómez hubiera tomado este elemento de Céspedes. Siguen el viaje hasta llegar a Madrid, donde muy luego se presenta a Guadaña uno que se dice ser su primo i que, a este título, se encarga de aliviarlo en algo del peso de la bolsa, i lo lleva a una honrada casa, albergue de varias ninfas que lo esplotan sin compasión. En serenatas frustradas i en tomar venganza de un alguacil, pasa el tiempo, hasta que por su desdicha se le ocurre festejar a una incógnita que resulta ser la mujer del mismísimo alguacil Torote, su compañero de viaje, quien descubriendo el pastel, por culpa del mismo Guadaña, que ignoraba su relación con su cortejada, da de puñaladas a su mujer; Guadaña es llevado a la cárcel, de donde sale después de algún tiempo con ayuda de su amigo el juez. Libre, sigue en aventuras nocturnas, practicando el culto del garrote i haciendo escapadas de manos de los corchetes, hasta que se ofrece ayudar al juez en algo en que a éste le iba la honra, i por lo cual, siendo cada día su amistad más estrecha, pasean juntos de noche, sufriendo una vez el asalto del alguacil Torote que había huido de la justicia i estaba a la expectativa por vengarse. El final de Guadaña es que, por no casarse con la ninfa a quien primero la había presentado su primo, que con testigos falsos quiere a la fuerza hacerle pagar un pecado ajeno i cumplir una palabra que no ha dado,

prefiere ir «a la cárcel norabuena, que más quería acabar con honra en ella, que vivir con deshonra toda mi vida».

El interés, como puede desprenderse por esta exposición de su asunto, es vulgar, no tiene ninguna novedad; las aventuras de Guadaña están modeladas por los de otros pícaros más orijinales. En cuanto a su lenguaje, creemos notar en sus dos primeros capítulos la influencia de la «Pícara Justina»; tenemos así que el autor empieza por usar frases de doble sentido que le dan un barniz de obscenidad; pero, afortunadamente, desde el cap. III, la cosa cambia por completo, i el estilo se hace pasablemente ameno i lijero; no se insiste mucho ni en la descripción de las escenas, ni en la pintura de sus personajes, lo que hace que todos estos aparezcan sólo como débiles bosquejos. Hai, por lo demás, que reconocer una buena cualidad: su brevedad, i i el no apartarse demasiado del asunto principal, pues, salvo en el cap. V. no se encuentran digresiones ajenas a él.

I llegamos, por fin, a hablar de la última de las novelas picarescas, en el orden del tiempo, que, con el título de «*Vida i hechos de Estebanillo González*», apareció por primera vez en Bruselas en 1646, i sobre cuya paternidad ha habido algunas dudas, por ser atribuida a menudo, i sin mérito para ello, al autor del «Diablo Cojuelo». Hoi, de acuerdo con don Nicolás Antonio, se cree que su autor es ESTEBAN GONZÁLEZ, de quien se tienen pocas noticias; se sabe que fué bufón de Octavio Piccolomini de

Aragón, duque de Amalfi. Contribuye a hacer verosímil esta aseveración, el que se haya publicado primeramente en Bruselas, residencia de Piccolomini, que fué gobernador i capitán jeneral de los Países Bajos en tiempos de Felipe IV i a quien el autor, «hombre de buen humor», dedica su libro; nos dice que ha escrito su vida, narrando aventuras verdaderas i no finjidas coma las de «Guzmán de Alfarache». Entre los amos que Estebanillo llega a tener, el duque de Amalfi es también el principal; todo esto hace creer que en realidad su autor sea éste Esteban González.

Veamos ahora cuál es el asunto de la obra; pero de un modo bien breve, porque esta estensa novela, subdividida apenas en trece capítulos, es un continuo desfilas de aventuras, i más aventuras nunca interrumpidas, como en otras, por la intercalación de alguna narración ajena al asunto principal, i sería fatigoso seguir al protagonista en sus innumerables viajes, pues cruza varias veces la Europa.

Estebanillo, medio gallego i medio romano, o mejor dicho gallego nacido en Roma, empieza desde muchacho a ser un bribón i, espulsado de la escuela, es colocado por su padre como aprendiz de barbero; pero por librarse de un valiente a quien quemó sus apreciables bigotes, huye de Roma, cobrando de pasada una libranza de su amo, i, pasando por Pisa, llega a Siena, donde entra a servir a dos caballeros de industria que se ganan la vida con naipes i dados falsos, i a quienes luego abandona, pagándose antes él mismo su salario con un ferreruelo nuevo para seguir a Liorna. En Liorna

na se embarca para Mesina, i después, al servicio de un capitán, en una de las galeras que junto con las de España i Nápoles hacían un viaje a levante en busca de corsarios turcos, sirviendo en todo el viaje de cocinero al capitán i ejerciendo también su oficio, que, al descuido, visitaba con su cucharón las ollas ajenas. En Puertó Mainio es burlado por un pastor, i antes de llegar a Palermo, le notifica el capitán su separación por haber sido pillado infraganti en sus hurtos de cocina. En Palermo sirve a un secretario de casa noble a quien intenta hacer un hurto que le fracasa, por lo cual es despedido de su servicio; pero luego el cocinero del arzobispo lo recibe como «pícaro de cocina, que es punto menos que el mochillero, i punto más que mandil». Luego abandona este servicio, huyendo con un rico traje, con que lo habían vestido para que hiciera el papel de rei en cierta representación que se daba ante el arzobispo; llega a Roma, donde entra nuevamente a ser aprendiz de barbero, en el cual estado hace sufrir horriblemente a los que caen en sus manos, lo que no impide, sin embargo, que él pusiera más alto sus pensamientos, pues «estudiaba a veces en los libros de cirujía», lo que le sirve para lograr una plaza de enfermero en el Hospital de Nápoles, a donde luego huye. Como enfermero hace tan milagrosas sangrías que deja inutilizados a los pacientes, i es tan piadoso que se apodera del dinero de un moribundo, i luego se embarca para Lombardía, robándose en una aldea quince novillos, con los que él i otros compañeros dan la vuelta a Roma. Después de otros viajes por Italia, pasa a España, i llega a Barcelona

de donde se dirige a Santiago de Galicia, con intención de asistir a una romería; en este viaje se junta con otros dos tan buenas piezas como él, francés uno i jenovés el otro, en compañía de los cuales pasa una vida tunante. De Santiago, vagando de pueblo en pueblo, llega a Oporto, (Portugal), donde deja el hábito de peregrino i se hace buhonero (o falte, como decimos nosotros); pero luego se bebe todo su dinero, i, engañando como mendigo i siendo víctima de jitanos, llega, por fin, a Sevilla, donde se dedica a la venta de agua. Luego se hace charlatán i ofrece en venta polvos, jabones, etc., falsificados; pronto, sin embargo, aficionado a una compañía de cómicos entra a su servicio, servicio que luego abandona, no sin robar antes un rico traje que empeña. Entra como soldado a una compañía, i recorre como aventurero Francia e Italia, donde visita numerosas ciudades hasta que da la vuelta a España, donde en Barcelona, es condenado a la horca por haber muerto a un soldado, pena de que libra gracias al favor de un noble a cuyo conocimiento había llegado la fama de su ingenio, i donaire para los chistes. Librado de la horca, sierta plaza de soldado en un tercio que va a Lombardía; i ejerciendo el oficio de cocinero, roba los ahorros de los demás soldados; pero luego abandona el servicio, visita a Jénova i después a Milán, donde ejerce el indigno oficio de «padre de damas, defensor de criadas i amparador de pobretes», oficio a a que hoi damos un nombre nada honroso. Abandona este pueblo i, como soldado, pasa a Alsacia, se encuentra en la gran batalla de Nordlingaen (1645) que nos describe desde el punto de vista de

su cobardía, que lo obliga a esconderse; sigue al ejército i recorre gran parte de Flandes como cocinero ya de uno ya de otro capitán; llega a tener un duelo con otro soldado i como ambos estaban más beodos que una parra, la sangre no llega al río; luego, aprovechándose de sus conocimientos culinarios que lo han hecho conocidísimo, se hace vivandero del ejército; en cierta ocasión en que queda rezagado, es hecho prisionero por el enemigo i entonces nos declara mejor que nunca su personalidad; «Mi nombre es Estebanillo González entre los españoles, monsieur de la Alegrezza entre la nación francesa. Mi oficio es el de Buscón i mi arte el de la bufa» (cap. VII). En Namur conoce al conde Octavio Piccolomini a quien entra a servir en Bruselas, haciendo de hombre alegre, de bufón, i sirviendo también de correo, por lo que vaga de aquí para allá, por Bohemia, Hungría, etc.; se encuentra en la batalla de Thionville donde no hace mayores prodijios de valor que en Nordlingen; ido Piccolomini de Flandes a Alemania, queda como bufón del Infante Cardenal, lo que le hace considerar su dicha, pues «como hai hombres de bien con poca dicha, hai pícaros con mucha suerte»; para agradar a este principe, dos veces arregla carros alegóricos para las carnestolendas, i, para vivir al uso, se aficiona de una mujer de «pocos años i muchas astucias» con la cual pasa no pocos disgustos; muerto el Infante Cardenal, antes de terminar el sitio de la aldea de Aire, Estebanillo se va a Viena i de ahí a Alemania, en busca de su amo Piccolomini, quien luego lo envía como correo a Polonia, donde vuelve a tiempo para encontrarse



en el desastre de Leipsic: allí ayuda a huir, antes de tiempo, a una compañía de soldados los que después saltean a ciertos vivanderos; pasa con despachos a Viena i Bruselas para volver nuevamente a Alemania, de donde va por segunda vez a Polonia; allí tiene un curioso desafío con un estudiante polaco sobre quién bebería más aguardiente, desafío que Estebanillo gana con fraudes; sigue viaje a Viena i de ahí a Italia (en seguimiento de su amo i llevando siempre cartas a potentados), donde, en Nápoles, una astuta cortesana lo utiliza como anzuelo para atraer clientes; pasa España, donde tiene algunas ridículas aventuras, i donde, en cierta aldea, toma parte en una junta literaria i compone un soneto mui oscuro de sentido, para no salir de lo corriente, porque entonces «lo que andaba válido era el gongorizar con elegancia campanuda, i que no lo entendiese el autor que lo hiciese ni los curiosos que lo leyesen» (Cap. XII). Se junta en cierta ocasión con un ridículo ingeniero en teoría, por cuya culpa tienen que huir malparados de una Aldea; en San Sebastián se embarca i una tempestad los hace tocar en un puerto inglés, donde, él, con otros compañeros, son apaleados por espresarse mal de la relijión anglicana; consigue después embarcarse en un buque inglés corsario i, logrando desembarcar en Dunquerque, vuelve a Flandes; i desde Bruselas pasa a establecerse a Nápoles, dejando una despedida, en verso a su amo, con lo que termina la obra.

Como puede juzgarse por el resumen, esta narración autobiográfica es por demás minuciosa i abunda en datos curiosos sobre los diversos pue-

blos de Europa que Esteban recorre sin cesar. Es indudable que habría ganado mucho la novela, suprimiendo tantos pormenores, dando mayor extensión i realce a las aventuras de carácter picaresco, que por ser tantas, aparecen apenas bosquejadas. Esto que Estebanillo sea un perpetuo andarín, hace que por fuerza el estilo sea movido i tanto que a veces fatiga: para poder seguir bien la lectura i no olvidar los continuos virajes del protagonista, se hace necesario ir trazando su ruta en un mapa. Como prueba de que la obra no carece de mérito, puede citarse el que también haya sido traducida por Le-Sage en 1734, quien la creyó digna de darla a conocer a sus compatriotas, cosa que ha redundado en provecho de la novela española, pues por ello ha llegado a ser más conocida, i ha contribuído a que le dediquen alguna atención los indolentes españoles, a quienes siempre ha sido necesario que los extranjeros les muestren sus obras de mérito para que lleguen a apreciarlas.





## CAPITULO XI i ULTIMO

### APÉNDICE

Una novela picaresca española escrita por un francés. — a) Le-Sage i su preparación hispánica. — b) Asunto del «Jil Blas».—c) Oriñinalidad de Le-Sage.

a) A la pluma del escritor francés ALANO RENATO LE-SAGE, nacido en Sarzeau en 1668 i muerto en Boulogne-sur-Mer en 1747, se debe la novela «Jil Blas de Santillana» que, por las razones que luego espondremos, hemos creído indispensable incluir en este trabajito sobre la novela picaresca española.

Pocos escritores extranjeros podían emprender con mayores probabilidades de éxito la ardua tarea de escribir sobre las costumbres españolas, pues habiéndose propuesto Le-Sage dar a conocer la li-

teratura española en Francia, i, ocupado, por lo tanto, durante muchos años en traducir i adoptar obras castellanas, su espíritu llegó a asimilarse con tanta facilidad a las obras que eran el objeto de su predilección, que cuando emprendió la publicación del «Jil Blas», puede decirse, sin temor de exajerar, que su carácter se había identificado con el carácter español. Iniciado en el gusto por el cultivo de las letras españolas por su protector i amigo, el abate Julio de Lyonne, Le-Sage dió a la publicidad en 1700 un volumen con el nombre de «Teatro español» en que se proponía hacer conocer a sus compatriotas las principales obras de los dramáticos peninsulares i en que se incluyen: «*Le traître puni*» i «*Don Felix de Mendoce*» traducciones de: «La traición busca el castigo» de Rojas Zorrilla i de «Guardar i guardarse» de Lope, respectivamente. Dos años más tarde, hacía representar «*Le point d'honneur*» traducción de «No hai amigo para amigo» (Rojas), obra que mucho después, en 1725, reformó, pasando así de simple traducción a ser una adaptación más o menos libre. En 1707 tradujo, aunque no siguiendo el testo con toda fidelidad, el Quijote del supuesto Avellaneda, i, en 1707 adoptó tres obras españolas: «Peor está que estaba», que se representó como «D. César Ursin», «Los empeños del mentir» (Hurtado de Mendoza) que le dió el tema para su «*Crispín rival de son maître*» i, por último, como ya se ha visto, «El Diablo Cojuelo», que publicó con el título de «*Le Diable boiteux*» i en que, imitando sólo el plan de Vélez de Guevara, i «bajo el velo de que los sucesos narrados i las conversaciones que se refieren, pasan en ciudades del

reino de España, el novelista se toma toda suerte de excesivas libertades para introducir en acción personas, dichos i hechos demasiado transparentes de la sociedad francesa de su tiempo» (E. Nercasseau i Morán, Discurso de incorporación a la Academia Chilena).

Preparado así, con las traducciones i adaptaciones que había hecho, i con la lectura de las novelas picarescas, Le Sage publicó en 1715 los dos primeros volúmenes de «Jil Blas», obra de que no publicó el tercero sino en 1724 i el último en 1735, habiendo publicado en el tiempo transcurrido entre el tercero i cuarto volumen otras obras: «Las aventuras de Guzmán de Alfarache» (1752), imitación de la obra de Alemán, i «Estebanillo González, surnommé garçon de bonne humeur» (1733).

«Jil Blas», novela picaresca que como todas las de este jénero es de una moral fácil, tiene el mérito de ser la primera novela realista, cronológicamente hablando, de la literatura francesa.

---

b). Tocante al asunto mismo de esta estensa novela dividida en doce libros con un total de 133 capítulos, diremos sólo lo esencial, para dedicar mayor espacio a lo que se refiere a la orijinalidad del autor que se ha prestado a muchos comentarios.

Jil Blas, hijo de un pobre escudero, vive en Oviedo bajo el amparo de un tío sacerdote que cuida de su educación, i en esto tiene algo de parecido con los principios de Estebanillo González; a los 17 años lo envía su tío a Salamanca; en el ca-

mino, en Peñafior, se burla de él un vividor que halaga su vanidad, consiguiendo así hacerlo gastar mucho; sigue después el camino en compañía de un arriero, que para quedar a solas con una recién casada que va con ellos, asusta con la justicia a Jil i otros jóvenes que huyen campo atravesado: estos dos sucesos, como se recordará, son exactamente los mismos que ocurren a Marcos de Obregón en idéntico viaje. Eso sí que Jil es más desgraciado que Marcos, porque en su huída llega a un bosque donde una partida de bandoleros, al mando de su capitán Rolando, lo hacen prisionero, lo llevan a la cueva en que viven, lo obligan a servir de correo, i, por fin, después de fracasada una tentativa de huída, Jil, para preparar el terreno, contra su voluntad, los acompaña en sus correrías, granjeándose así la confianza de los ladrones. Pero en cierta ocasión en que los ladrones se hallan ausentes, Jil logra escapar, librando también de la prisión a una noble señora, a quien conduce hasta Burgos, pueblo en cuya cárcel tiene que quedar en tanto se esclarece la veracidad de su historia, lo que al fin se consigue. Libre, vase a Burgos donde doña Mencia, recompensa largamente a Jil Blas el servicio recibido; pero en esta ocasión, como Marcos en Italia, Santillana es despojado en Valladolid de todo su dinero por la astucia de una mujer libre, acompañada de dos bribones. Viéndose en la pobreza, decide entrar al servicio de un licenciado, el canónigo Cedillo, que muere mui luego debido a los solícitos cuidados del doctor Sagredo, que, sólo por su nombre, nos recuerda al médico Sagredo del «Escudero». Muerto el canónigo, Jil

Blas entra como ayudante de este mismo doctor Sangredo, bajo cuya dirección empieza a ejercer la medicina, hasta que, aburrido de despachar jente de este mundo, decide irse a Madrid; en el camino se acompaña de un barberillo, quien le cuenta su historia, tomada también de un episodio del «Escudero»: este barberillo resulta ser el joven de quien se había enamorado la mujer del doctor Sangredo, a quien Marcos evita caer en el deshonor.

En Madrid, Jil Blas sirve a un escéntrico i después a un elegante, en cuyo servicio logra conocer los vicios de la aristocracia, frecuenta casas de comediantas, adonde los señoritos acuden; muerto en un duelo su amo, Jil entra al servicio de una de esas comediantas i lleva por algún tiempo una vida de estragadas costumbres, hasta que, arrepentido, deja esa vida i entra al servicio de un caballero, a cuya hija, muerto aquél, acompaña a Salamanca, en una aventura de amor. En el camino que hacen a Salamanca, se intercala la novelita «El casamiento por vengarse», que ocupa el capítulo IV i V. Para abreviar, sigue Jil Blas recorriendo tierras, cambiando de amos, viéndose obligado a coligarse con ladrones (entre los cuales uno, don Rafael cuenta a Jil i a un caballero con quien el acaso lo había juntado, su historia que ocupa casi todo el V, i en la cual, mutas mutandi, se aprovechan varios pasajes del Escudero v. gr. la aventura amorosa de Marcos en Arjel), manteniendo ridículos amores, etc., etc., que en Granada, debido a su ingenio i buenas letras, logra llegar a ser el secretario privado del arzobispo, quien concluye por separarlo de su lado por

haberse atrevido a espresar con sinceridad su opinión sobre una de las homilias del arzobispo, que se le pedía. Desilusionado, vuelve a Madrid donde logra entrar al servicio de una casa noble; poco después, dando un gran batatazo, como diríamos nosotros, llega a ser el secretario de confianza del duque de Lerma, privado del rei: es en este puesto donde Jil Blas adquiere una representación de noble, i en el que sus costumbres se relajan completamente al conocer íntimamente el engranaje de esa corte corrompida donde empleos i dignidades, todo, se vende al mejor postor.

Pero la gloria no es duradera, i mui pronto, por haberse mezclado en una intriga cortesana, se le lleva a la torre de Segovia, lugar que en aquel entonces servía de cárcel a los reos políticos. Salido de esta prisión, se refugia en una Quinta cercana a Valencia, quinta que le había sido obsequiada; pronto contrae matrimonio i en compañía de su esposa, piensa llevar una vida tranquila; pero sus proyectos se ven desbaratados por la temprana muerte de su compañera, lo que lo hace abandonar sus primeros pensamientos i volver a la Corte, donde habían ocurrido algunos cambios. En efecto, se sentaba en el trono otro soberano, hecho que había traído la caída del duque de Lerma, quien había sido reemplazado en la privanza real, por el famoso conde-duque de Olivares. Como secretario del conde-duque, Jil Blas llega a tener mayor representación que antes; pero intrigas cortesanas acaban con el poder de Olivares i Jil Blas se retira para siempre, a su quinta de Liria, donde vuelve a casarse.



Esté es, sucintamente, el asunto de esta larga novela: tócanos decir a continuación algo sobre la orijinalidad de Le-Sage, i ver qué hai de verdad en lo que se ha dicho respecto a que no es sino un plajiaro.

---

«Jil Blas de Santillana» fué traducido al español por el ingenioso autor de la «Historia de frai Jerundio de Campaza, alias Zote», *el padre Francisco de Isla* (1703-1781). Esta traducción apareció postuma (1783) i con el anagrama de Isla, Joaquín Federico Is-salps. Isla creyó que con esta traducción no hacía sino restituir el libro «a su patria, i a su lengua nativa» i afirmó que las aventuras de Jil Blas habían sido robadas a España: tal es la realidad con que está pintado el ambiente español en esta jenial obra. Los viajes de Jil Blas pueden seguirse paso a paso en un mapa: Le-Sage pinta tan a lo vivo escenas i costumbres de las diferentes provincias, que se ha llegado a creer que haya visitado España, si bien es cierto que nada se ha probado al respecto.

Esta teoría literaria que cree que la obra francesa no sería sino una traducción de un primitivo orijinal español perdido, ha nacido del hecho de que Le-Sage, utiliza un buen número de episodios del «Escudero Marcos»; además se encuentran en toda la obra reminiscencias de «El Lazarillo», de «Guzmán de Alfarache»; de «El soldado Píndaro» de las novelas de Solórzano i de otras obras no picarescas: el carácter de este trabajito en que hemos agrega-

do este breve estudio sobre «Jil Blas» sólo como un complemento i como un dato ilustrativo; nos impide comparar una a una las aventuras de «Jil Blas» con las de otros héroes picarescos, cosa que por sí sola es susceptible de un extenso desarrollo.

En honor a los españoles, hai que decir que esta creencia no tuvo su origen en España sino en la misma Francia: fué Voltaire el primero que la divulgó en la segunda edición de su obra «*Le siecle de Louis XIV*», en la parte correspondiente a los escritores, en la que refiriéndose a Le-Sage, dice, «Son roman de «Gil Bas» est demeure, parce qu'il y a du naturel; il est entièrement pris du roman espagnol intitulé: «La vida del escudero don Marcos de Obregón» (*Le siecle de Louis XIV*, página 151 en la colección de las «*Oeuvres de Voltaire*», editada por Beuchot, París, 1830).

Esta opinión fué combatida por François de Neufchateau en su «Examen de la cuestión de savoir si Le-Sage es l'auteur de Jil Blas, au s'il pris del espagnol», i más tarde por los críticos alemanes Ast i Francesson que en 1857 demostraron la orijinalidad fundamental de Le-Sage. A su vez Lintilhac, para acallar toda duda sobre el asunto, demuestra («*Le-Sage*», París, 1895) cuales son las fuentes históricas de esta obra, que, según él, son las tres siguientes:

«Disgracia del conte d'Olivares» (Andrés Feli-bien, París 1650), «Anecdotes de comte-duc d'Olivares tirées et traduites de l'italien du Mercury-Liry» (Valdory, París, 1722) i Histoire du comte-duc avec des reflexions politiques et curieuses» (Colonía, 1683).

Tales son los hechos que deciden el asunto en favor de Le-Sage i que nos obligan a reconocer su orijinalidad: él; aprovechándose del conocimiento que tenía de tantas novelas españolas, imaginó un nuevo plan, una trama completamente orijinal en que, sacando a su héroe de una baja esfera social, lo hace ocupar los más altos puestos de la vida cortesana que no habían hecho los autores españoles; su obra había de ser explotada más tarde por Víctor Hugo en el drama que lleva el mismo nombre.

GMO. ROJAS CARRASCO.





## BIBLIOGRAFIA

Fuera del estudio de todas las novelas analizadas en este trabajito, han sido consultadas las siguientes obras.

*Ernesto Merimée.*—Historia de la Literatura Española.

*Fitz-Maurice Kelly.*—Historia de la Literatura Española.

*Anjel Salcedo i Ruiz.*—Estudio histórico crítico de la Literatura Española.

*M. Menéndez i Pelayo.*—Origen de la novela española.

*Biblioteca de escritores españoles*, editada por Rivadeneira.

Los bosquejos históricos sobre la novela española que preceden a los tomos III, XVIII i XXXIII, por don Eustaquio Fernández de Navarrete i por don Cayetano Rossel.

*Enrique Nercasseau i Morán.*—Discurso de incorporación a la Academia Chilena

*F. de Haan.*—Pícaros i ganapanes (Estudios de erudición española, Homenaje a Menéndez i Pelayo, Madrid 1898).

*Julio Cejador i Frauca.*—«El Lazarillo de Tormes», edición comentada i anotada, 1914.

Santiago, 16 de Febrero de 1918.

